

lo mismo, y que el gálico es una verdadera lepra. Y como se ha probado que Job tuvo esta última enfermedad, y sintió los mas molestos de sus síntomas, se sigue que tambien sufrió lo mas vergonzoso y cruel de la primera, sin haber cometido ninguna accion, que pudiese haberle atraído esta plaga, como pena de su intemperancia.

Si lo que hemos dicho es, como nos parece, indudable y del todo evidente, no se puede negar que la enfermedad de que vamos hablando es muy antigua en el mundo, puesto que la lepra es sin disputa de la mas remota antigüedad, y los autores mas antiguos que conocemos, tanto sagrados como profanos, hablan de ella como de una enfermedad muy comun y ordinaria. Y si es cierto que aquella enfermedad se contrae en la disolucion y en los comercios de la impureza, ¿podrá ser que tantos monstruos de oscuridad, que en los pasados siglos se han sumergido en toda clase de desórdenes y desarreglos, se hayan preservado de ella? Efectivamente, la mayor parte de aquellos, que son conocidos por este género de excesos, y de quienes la historia nos ha conservado los nombres y las circunstancias de su muerte, han perecido en tormentos y por mortificaciones semejentes á las que experimentan los licenciosos del día. Aunque los nombres de que nos valemos no hayan sido conocidos de los antiguos, es indisputable que tuvieron un conocimiento muy claro de la cosa que ellos significan, porque el autor del Eclesiástico describe esta enfermedad vergonzosa hija de la intemperancia en los términos siguientes: *El que se junta con las rameras perderá la vergüenza, será pasto de la corrupcion y de los gusanos, y se le citará como ejemplo notable* (1); ó segun otros ejemplares: *Será desecado para servir de ejemplo á los otros.* Y Salomon en los Proverbios: *No entregues tu honor á la muger extraña, y no abandones tus años á la muger cruel, no sea que gimas al fin, cuando veas tu cuerpo consumido y tus carnes corrompidas* (2).

Luciano (3) la llama *enfermedad lesbiana*, porque se padece principalmente en la isla de Lesbos, la mas corrompida y disoluta del Archipiélago. Horacio (4) la designó con el nombre de *mal de Campania* á causa de los desórdenes y del libertinage que reinaban en esta provincia, principalmente en Capua, llamada por Ciceron (5) *domicilio de la impureza*. Ausonio (6) indicó la misma enfermedad con el nombre de *lujo de Nola*. Verosíblemente Augusto la padeció, y de ella se le curaba (7), cuando se le frotaba muchas veces con aceites junto á la lumbre, y despues de que habia sudado mucho, se le rociaba con agua fria, lo cual no impidió que hubiera sentido toda su vida languidez en ciertas estaciones del año, y principalmente en las mudanzas de tiempo. Tiberio, cuyos desórdenes horrorizan á los que los leen, no estuvo libre de estos males, pues ordinariamente tenia el rostro lleno de llagas y de asquerosos parches (8). El emperador Juliano (9) no le perdonó en sus Césares, le descubrió sus cicatrices, sus empeines, las vergonzosas señales causadas por su incon-

(1) Eccli. xix. 3. *Qui se jungit fornicariis erit nequam, putredo et vermes hereditabunt illum et extolletur in exemplum majus, et tolletur de numero anima ejus.*—(2) Prov. v. 9. 10. 11.—(3) Lucian. in Pseudo-Logista.—(4) Horat. l. i. Sat. 5. *Camparum in morbum permulta jocatus.*—(5) Tull. Orat. in Rull.—(6) Aus. Epig. 70 de Crispa.—(7) Suet. in Aug. Auctore Antonio Musa (médico) *unctum sepius sudasse ad flammam, deinde perfussum gelida.*—(8) Tacit. Annal. l. iv.—(9) Julian. in Cæsar.

tinencia, los granos y las llagas que por todas partes le cubrian. Horacio, hablando de Cleopatra, la pinta acompañada de una turba de infelices inficionados de una enfermedad vergonzosa.

.....Funus et imperio parabat  
Contaminato cum grege turpium  
Morbo virorum (1).

Esto no debe parecer raro en una reina egipcia, porque esta clase de males han sido siempre comunes en Egipto. Es pues cierto que no fué desconocida ni rara en la antigüedad la enfermedad de que tratamos, y que no es un mal nuevo, sino un conjunto de distintas enfermedades: *Veterum morborum farrago* (2). La objecion que se hace contra esto, fundada en que los españoles la trajeron de América á Europa, no es incontestable, pues es mucho mas probable que la llevasen á la América, como lo dice Herrera, y que existiendo desde antes con el nombre de *lepra*, no se distingue de ella mas que en el nombre que adquirió posteriormente, y en que hoy es curable, no habiéndolo sido en otro tiempo, por cuyo motivo eran tan comunes los leprosos, y los hospitales en que se les atendia.

A mas de los males de que hemos hablado, se cree (3) que Job padeció llagas en la garganta, ó en aquellas glándulas que se llaman amígdalas. De esta enfermedad, muy comun en la Siria, hace Areteo la descripcion siguiente: Los que la padecen sienten un dolor vivo, y un calor semejante al que causa una brasa. Su aliento es corrompido, y exhalan del pecho un hedor insoportable, que aun á ellos mismos les molesta. El semblante se les pone pálido ó lívido. Los fatiga una sed devoradora, y la aguda y ardiente fiebre los consume. Padecen como si estuvieran en el fuego; y no pudiendo beber sino con muchísima dificultad á causa de las llagas, les es imposible mitigar la sed que los incendia. Apenas se acuestan, cuando se ven obligados á sentarse, porque no pueden respirar en aquella postura; y como tampoco pueden estar sentados, vuelven á pretender acostarse. De ordinario están en pie, y se pasean, porque no pueden estar quietos. Huyen de la soledad, y tratan de entretener su fastidio con la compañía, y de escaparse del dolor que los aflige. Al respirar introducen mucho aire de una vez, y lo arrojan muy poco á poco. Su voz es ronca y desigual; y á veces caen repentinamente privados (4).

Podria creerse que Job tuvo esta molesta enfermedad, porque dice que no comia sino con mucha dificultad: *Ante quam comedam suspiro* (5); que no podia tragar la saliva sino con trabajo (6); que le devoraba un calor interior (7); que no hallaba descanso ni en pie ni sentado, ni acostado ni levantado, ni de dia ni de noche (8).

Bartolin asegura tambien que tuvo esquinencia, y sobre todo escorbuto. Lo primero parece ser bastante probable, porque en el dolor que sufría decia que hubiera querido *mas bien* acabar su vida con una muerte pronta, que durar mas tiempo en situacion tan dolorosa y violenta (9); á lo cual puede tambien referirse lo que se ha dicho en el párrafo precedente del trabajo que le costaba comer y beber. Por lo

(1) Horat. lib. i. Od. 37.—(2) Lang. Epist. Medic. tom. 2. Ep. 14.—(3) Bartolin. de Morb. Bibl. art. 7.—(4) Areteus de caus. et sig. morb. c. 9.—(5) Job. iii. 24.—(6) Job. vii. 19.—(7) Job. xxx. 30.—(8) Job. vii. 3. 4. 13. 14.—(9) Job. vii. 15. *Elegit suspendium anima mea, et mortem ossa mea.*

IV.  
Otras enfermedades que algunos atribuyen á Job.

que respecta al escorbuto, el médico á quien se ha citado funda su conjetura en la mala constitucion de los humores de Job, en la melancolía y tristeza en que le supone despues de su desgracia, y en fin en el mal alimento que tomaba; pues el escorbuto es producido por todas estas causas. Si dependió de la eleccion del demonio hacer sufrir á Job las enfermedades que quisiese, puede creerse que no omitió esta, que es una de las mas molestas que se conocen. Las circunstancias que la acompañan se advierten en Job. Un hedor de boca que aleja á todos los que ven al enfermo (1), aflojamiento de dientes, corrupcion en las encías, grande dificultad para comer, el cuerpo seco, macilento, descarnado (2); esta es la imágen del enfermo de escorbuto, y es tambien la que se ve en la persona de Job. Bartolin atribuye el trabajo que este tenia para comer, á sus dientes flojos y á sus encías ulceradas; otros la atribuyen á las llagas de su boca, y el mismo Bartolin lo atribuia poco ántes á la escoriacion de las glándulas.

Pineda no se contenta con atribuir á Job la lepra, el gálico, y todas las incomodidades consiguientes, como la erisipela, la sarna, empeines arraigados, comesonos violentas, úlceras en todo el cuerpo, higo, fuego sagrado y algunas otras; conjetura ademas que tambien tuvo gota en los pies y en las manos, y aun ciática. Y por cierto que si estamos decididos á suponer en él cuanto hay mas doloroso y mas cruel en materia de enfermedades, no deben echarse estas en olvido. Las pruebas de sus conjeturas se apoyan en algunos pasages, en que Job se queja que el Señor ha metido sus pies como en un cepo: *Posuisti in nervo pedem meum* (3), y de que todos sus miembros se han consumido y están reducidos á nada (4). Hemos dicho arriba que los leprosos inveterados tienen en los pies y las manos hinchazones, producidas segun se cree por un humor gotoso que se coloca en aquellas partes, y causa en ellas una extraña deformidad. El lector calificará la fuerza de las razones alegadas.

En la reunion de todas estas conjeturas, y de estas diversas descripciones puede formarse opinion sobre la enfermedad de Job. Para llenar nuestro designio seria necesario discurrir sobre la naturaleza, causas y efectos de estos males. Pero esto exige mayor extension que la de una simple disertacion, y mas conocimientos en la medicina que los que poseemos. En otra parte hemos emitido algunas reflexiones sobre la lepra de que habla Moises, y es fácil hacer aquí aplicacion de nuestros principios. Añadirémos sólomente que por extraordinaria que sea la enfermedad de Job, no fué de tal suerte milagrosa que no hubiera concurrido á producirla ninguna causa natural. Dios solo permitió al demonio que aplicase ciertos medios naturales, y reuniese muchas causas diferentes, para producir este efecto, y para aumentarle hasta el punto á que pudo llegar, sin destruir entéramente los órganos del cuerpo de Job, y sin quitarle la vida.

Solo nos resta hablar de la curacion de estas enfermedades. La Escritura nada particular nos dice sobre ella; pero los Orientales la cuentan así: Habiendo resuelto el Señor poner fin á los males de Job, le envió al ángel Gabriel, quien le dijo: *Levántate, anciano de Dios*. Job al instante se levantó y se puso en pie: el ángel le mandó que saltase y

V.  
Reflexiones  
sobre la cu-  
racion de  
Job.

(1) Job. xix. 17.—(2) Job. xxx. 30.—(3) Job. xlii. 27. xxxiii. 11.—(4) Job. xvi. 8.

se refrescase, bañándose en agua fria, y bebiendo vino: Job obedeció, y al momento se vió sano. Al mismo tiempo vió brotar á sus pies un manantial tan fuerte y tan abundante como un torrente, cuyas aguas eran mas blancas que la leche, mas dulces que la miel, y de un olor muy grato: bebió de ellas, y los gusanos no se atrevieron desde entónces á aproximársele. En este tiempo los amigos de Job recibieron órden de ir á verle, y de aplacar con sacrificios la ira del Señor, irritado contra ellos por sus discursos injustos é inconsiderados, y de emplear para esto la intercesion de Job. Vinieron á pedirle perdon á este amigo de Dios, se reconciliaron con él, reconocieron su falta, y fueron testigos de todos los bienes con que el Señor le recompensó (1). Los Orientales son de ordinario muy pródigos en milagros, y no temen inventarlos y multiplicarlos sin necesidad, de suerte que no hay uno en la Escritura, por claro y determinado que sea, al que no le añadan otros muchos. Esto depende de su gusto y de sus habitudes, pues creen que así honran á Dios, é ilustran la religion: principio erróneo y peligroso, que conduce directamente á la supersticion y á la irreligion.

Bartolin cae en el extremo opuesto, y á fuerza de querer evitar los milagros, propone medios de curacion que no tienen ninguna probabilidad; porque dice que Job estaba sentado en la ceniza (2), para manifestar su humildad, y al mismo tiempo para curar sus úlceras. Convenimos sin dificultad en el primer motivo, porque los penitentes se sentaban en la ceniza, en la tierra y en el polvo; los que estaban de duelo se cubrian la cabeza y el rostro de polvo y ceniza, y aun el mismo Job, reprendido por Dios de haber hablado inconsideradamente, hace penitencia en el polvo y la ceniza: *Ago penitentiam in favilla et cinere* (3). Pero decir que buscó en ella el remedio de su enfermedad, es ciertamente burlarse. La ceniza, dice Dioscórides (4), es propia para secar, y por eso la de sarmiento se mezcla con las medicinas propias para secar las úlceras y criar costra ó cáscara. Galeno dice que la ceniza se aplica á las heridas nuevas para restañar la sangre (5). Con una pluma, dice Areteo (6), se echan polvos de ceniza sobre las llagas de la garganta tan peligrosas en la Siria. Luego Job usaba de las cenizas para secar sus úlceras y curar su lepra. ¡Qué consecuencia! Valia mas callar que aventurar cosas tan poco sensatas.

Aunque no dirémos el modo con que Job fué curado, y confesamos ademas que nos es desconocido, y no pueden formarse acerca de él mas que conjeturas, porque la Escritura nada dice; no ocurrirémos á los milagros, para evitar el trabajo de investigar lo que pasó en tales circunstancias. Job fué curado muy breve, supuesto que estuvo prontamente en estado de ofrecer sacrificios por sus amigos, lo cual no podia hacer un hombre manchado con la lepra y abrumado de males; pero no vemos la necesidad de que fuese curado repentinamente, y por medios sobrenaturales. Luego que el Señor encadenó á Satanas, y le quitó el poder de hacerle daño; luego que llenó á Job de consuelos, y le manifestó la serenidad de su rostro favorable, que hasta entónces parecia haber apartado expresamente

(1) Kersæus in excepti. Arabic. Ms. apud Spanheim. Hist. Jobi, cap. 8. p. 124.—(2) Job. ii. 8.—(3) Job. xlii. 6.—(4) Dioscorid. lib. v. c. 135.—(5) Galen. seu alius Auctor Libel. de simplicib. Medicamentis.—(6) Aretæus, lib. 1. de curat. Acut. Morb. c. 9.

de él, para hacer mas terribles sus sufrimientos y mas completa su victoria; y finalmente, luego que detuvo las causas del mal, pudo Job recobrar su sanidad por algunos remedios simples y naturales, como el baño, el zumo de algunas yerbas propias para limpiar y purificar, y hacer morir los gusanos, y en fin usando de un alimento capaz de restablecer sus humores y la economía de su temperamento: porque en aquel pais, en que la lepra era comun, no puede dudarse que hubiera algunos medios naturales para aliviarla. Mas como hemos supuesto, y con razon, que esta enfermedad habia sido larga y porfiada, y la sangre y los humores estaban en extremo viciados, añadiremos, si se quiere, el concurso de los ángeles buenos que hicieron proporcionalmente en favor de Job, y para curarle, todo lo contrario de lo que Satanás habia hecho para enfermarle de lepra, y causarle otras mil incomodidades. Ellos pudieron inspirarle remedios comunes y fáciles, y sugerirle que se apartase de todo aquello que pudiera aumentar ó mantener su mal; así como continuamente y sin milagro nos inspiran buenos pensamientos y buenas resoluciones para nuestra salud y conservacion, y cuidan con mucha vigilancia de alejarnos de los peligros que nos amenazan, y de sacarnos de aquellos en que caemos. (Así se explica Calmet, acaso demasiado escrupuloso en alejar toda idea de intervencion sobrenatural, qué en estas circunstancias no seria inverosímil. El acaba de confesar que Job debió haber sanado muy breve; ¿y podrá creerse que los medios simples y naturales á que para ello ocurre, sean bastantes para producir en poco tiempo la curacion de los graves males que Job padecia? Calmet no ve la obligacion de ocurrir á medios sobrenaturales para explicarla; pero nosotros no vemos que la haya de excluirlos.)

## DISERTACION

SOBRE

## ESTE TEXTO DE JOB:

*Sicut palma multiplicabo dies. Como la palma multiplicaré mis dias. Cap. xxix. V. 18.*

I.  
Tres diversas interpretaciones de este texto en que Job emplea una

AUNQUE en sí mismo nada tiene muy interesante y muy notable el pasage que vamos á explicar, se ha hecho importante, porque los antiguos se valieron de él para probar la resurreccion de la carne, y por la diversidad de opiniones á que ha dado origen. Todos convienen en que Job por estas palabras da á entender que se prome-

tia una vida muy larga; pero se dispuesta para saber si esperaba vivir tanto como la palma, ó como el fénix, ó si se lisonjeaba de que sus dias serian tan numerosos como las arenas del mar; en una palabra, si hace su comparacion con el fénix, con la palma, ó con las arenas de la playa. Esto es lo que vamos á examinar aquí.

Si las palabras del texto hebreo fueran bien claras y conocidas, pronto se conciliarian las opiniones, pues bastaria traducirlas literalmente, para reunir en una sola á todos los comentadores; y dejando aparte las malas traducciones de los antiguos, se seguirian las de los modernos, ó se escogerian entre aquellas las mas acertadas. Mas no estando de acuerdo sobre este particular los rabinos y los intérpretes antiguos, á quienes se sigue ordinariamente en la traduccion, y habiendo dejado incierta la significacion de los términos, nos vemos precisados á entrar absolutamente de nuevo en el exámen del texto y de sus principales versiones, para adoptar despues con mas conocimiento la que nos parezca mejor.

Los Setenta dieron ocasion á la mayor parte de las opiniones que hay acerca de este pasage, por el modo con que le tradujeron, sirviéndose de la voz *fénix*, que en griego significa tres ó cuatro cosas diversas: la palma, una ave llamada *fénix*, el fenicio ó natural de la Fenicia, y una yerba nombrada *zizania silvestre* (1). Mas parece que quisieron prevenir el equívoco, añadiendo al texto *renuevo ó rama: Yo multiplicaré mis dias como los renuevos del fénix*, ó de la palma. Porque ¿qué otra significacion puede dársele hallándose adjunta la voz *rama ó renuevo*? Sin embargo, muchos le han entendido del fénix (2), y han leído: *Viviré tanto como el cuerpo* ó como la produccion *del fénix*. Y la materia ha parecido tan bella, y tan propia para comparaciones ingeniosas, que se la ha empleado frecuentemente para probar la resurreccion de los muertos. Lo que se lee inmediatamente ántes en el hebreo ha aumentado el error, dando verosimilitud á esta traduccion: *Dije: Moriré en mi nido, y multiplicaré mis dias como el fénix*. Porque al hallar *nido* con *fénix* es natural entender que se habla de una ave tan célebre en la antigüedad, y tan propia para las figuras y alegorias.

El fénix, segun se dice (3), es una ave de la Arabia, del tamaño del águila, con la cabeza adornada de un plumage exquisito, las plumas del cuello doradas, las de la cola purpúreas mezcladas con plumas largas encarnadas, y los ojos brillantes como estrellas. Se dice que nunca lay en el mundo mas que un *fénix* (4), y que vive, segun unos (5) quinientos años, segun otros (6) mil, y hasta siete mil (7). Plinio (8) le da seiscientos sesenta, ó quinientos sesenta, ó quinientos veintiuno, porque sus ejemplares no están uniformes: Silon, quinientos cuarenta: Hesiodo dice (9) que su vida dura tanto como nueve edades del cuervo, y la de este como nueve del hombre, ó

(1) Vide Dioscorid. l. 4. c. 39.—(2) Mercer et Tir. in hunc locum. Hebrai apud Vat. Grot. Codurc. Drus.—(3) Solin. c. 42. Phœnix aquila magnitudine, capite honorato, in conum plumis extantibus, cristatis faucibus, circa colla fulgore aureo, postera parte purpureus, atque cauda in qua roscis pennis caruleus interscribitur nitor. Vide et Plin. l. x. c. 2. et lib. xiii. c. 4.—(4) Tacit. l. vi. Annal. Unum in terris. Me-la, l. iii. c. 9. Avis semper unica.—(5) Horus Hieroglyph. 33. Senec. Ep. 42. Tacit. Annal. 6. Herodot. l. ii. c. 31.—(6) Auctor. Poemat. de Phœnice sub nomine Lactant. et Claudian. etc.—(7) Chæremón. apud Tzet. —(8) Plin. l. x. c. 2.—(9) Hesiod.

comparacion tomada del fénix, ó de la palma, ó de las arenas del mar.

II.

Exámen de la primera interpretacion que supone la comparacion hecha con el fénix.